

Una plaga de impiedad 3

Pastor: Oscar Arocha

Enero 18, 2017

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Estos son murmuradores, quejumbrosos, que andan tras sus propias pasiones; hablan con arrogancia, adulando a la gente para obtener beneficio”. (Judas 1:16).

Este verso está enmarcado dentro de lo que hemos denominado una plaga de impiedad; nótese: “De éstos también profetizó Enoc, en la séptima generación desde Adán, diciendo: He aquí, el Señor vino con muchos millares de sus santos, para ejecutar juicio sobre todos, y para condenar a todos los impíos de todas sus obras de impiedad, que han hecho impíamente” (v14–15); la repetición o énfasis del escritor indica que una gran nube de impiedad vendría sobre la tierra, o una plaga de dimensión universal. Esta profecía es dada al pueblo Creyente por dos razones, a saber: Por un lado, para que estemos preparados y atentos para la lucha espiritual: “Contender ardientemente por la fe” (v3), y por el otro, para que evitemos el contagio. El contagio espiritual no es como el de una enfermedad del cuerpo, donde sus síntomas son sentidos, sino es invisible, de ahí su peligro. Cristianos pudieran ser contagiados con un espíritu de murmuración, y peor aún, creer que lo hacen en defensa de la verdad.

El mensaje del escritor divino es este, que en los días finales se verá sobre la tierra una gran impiedad; en otras palabras: “Murmuradores... quejumbrosos... sensuales... arrogantes... aduladores... interesados.” Seis calificativos de libertinaje. En breve: Es una profecía, cuyo objeto es prevenir a los Creyentes para que no sean contagiados por esta epidemia universal, ya que será una pandemia a todo el planeta. Un descontento generalizado. La Iglesia no está exenta de ser contagiada.

Se expuso la explicación del versículo: Impiedad en sus palabras:

“Murmuradores, quejumbrosos.” Impiedad en sus obras: “Andan tras sus propias pasiones.” Impiedad en su ostentación: “Hablan con arrogancia.” Impiedad en la admiración de otros: “Adulando a la gente para obtener beneficio.” En cuanto a los causantes de este mal: Orgullo, impaciencia, presunción, y desconfianza. Además, que es grande mal que provoca la ira del Señor, por ende, dañina. Peor aún, serían blasfemias, o indirectamente uno estaría diciendo que lo haría mejor que Dios. Delante del Señor nos creemos ser algo, sin ser nada.

III. REMEDIOS CONTRA EL MAL DE LA MURMURACIÓN

Antes de entrar en la consideración de los remedios de este común mal espiritual, es pertinente recordar su causa o estado: Un puritano comenta: **“Se quejan porque su condición en este mundo no es tan rica, tan distinguida y tan grande como son otros. Ellos no están en contra del gobierno, si no se quejan porque ellos no son los que gobiernan. Su problema es vicio por gobernar a otros. De manera indirecta se quejan contra la soberanía de Dios en gobernar su creación.”** Son como los políticos prometen resolver los problemas del país, con la condición de que ellos gobiernen. No pocos repiten una y otra vez que Dios tiene control de todo, pero si la adversidad cae contra ellos, entonces murmuran. Confiar en la doctrina de la soberanía de Dios le es algo de mucha dificultad aceptar. Al menos eso parece.

Primero. Cuando tu corazón se agite, voltea tu mente hacia atrás. Es cierto que hubo muchas dificultades en el desierto, pero fue peor la opresión y amargura de la esclavitud en Egipto. Cultivar una buena memoria de los favores del Señor con uno, son de gran ayuda contra la ingratitud. Un caso: **“Por muchos días Israel estuvo sin el Dios verdadero, y sin sacerdote que enseñara, y sin ley. Pero en su angustia se volvieron al SEÑOR, Dios de Israel, y le buscaron, y Él se dejó encontrar por ellos. Y en aquellos tiempos no había paz para el que salía ni para el que entraba, sino muchas tribulaciones sobre todos los habitantes de las tierras. Y era destruida nación por nación, y ciudad por ciudad, porque Dios los afligió con toda clase de adversidades”** (2 Crónicas 15:3–6). El pasaje enseña que hubo no pequeña y amarga tormenta en los corazones de todo el pueblo escogido, y qué hicieron, volvieron al pasado: **“En su angustia se volvieron al SEÑOR, Dios de Israel, y le buscaron, y Él se dejó encontrar por ellos”** (v4), esto es, que rebuscaron en su experiencia y encontraron la fuente de vida, paz y consuelo. Es una debilidad recurrente en la vida del creyente, su mala memoria; así lo hace saber el profeta: **“Pueblo mío, acuérdate ahora”** (Miqueas 6:5). Si pudiésemos recordar como fuimos en la juventud, los desaciertos y errores que cometimos, de seguro que no nos quejaríamos tanto, sino que diéramos muchas gracias.

Segundo: El mundo sigue siendo el mismo de antes, tu mundo no es una excepción. Así habla el hombre sabio: **“Lo que fue, eso será, y lo que se hizo, eso se hará; no hay nada nuevo bajo el sol”** (Eclesiastés 1:9); tu experiencia en esta tierra no es única, ya otro la tuvo antes que tú. Así que, no tendrás razón alguna para quejarte de que no hay lamento como tu lamento. El mundo de hoy tienen los mismos principios, las mismas corrupciones y las mismas tentaciones. Todas y cada de las nuevas filosofías y pensamientos de hoy, no son sino las oscuridades de antes con nueva energía. El mundo es un círculo vicioso, o que hay un movimiento circular de opiniones, modas y el sol vuelve todos los años al mismo lugar donde empezó. En lenguaje espiritual es dicho. así: **“A todos les sucede lo mismo: Hay una misma suerte**

para el justo y para el impío; para el bueno, para el limpio y para el inmundado; para el que ofrece sacrificio y para el que no sacrifica. Como el bueno, así es el pecador; como el que jura, así es el que teme jurar” (Eclesiastés 9:2). De aquí inferimos, que nuestra ignorancia de la mente y voluntad de Dios es la causante de nuestros problemas. Las circunstancias no son las causantes de nuestros problemas y miserias, sino que hacen salir lo que hay en nuestros corazones, son reveladoras de la verdad y realidad nuestra. Su mensaje en alta voz y claridad es este: Que somos dependientes de algo fuera de nosotros, no de las criaturas, sino de las misericordias del Creador, que desesperadamente necesitamos a Dios. Así que, sea nuestro ruego como David: “La tierra, oh Señor, está llena de tu misericordia; enséñame tus estatutos” (Salmos 119:64), esto es, enséñame a pensar y valorar como Tú valoras, que el juicio de mí mismo no sea por mi condición, sino por Tu Palabra. Dile a mi alma, que soy tu hijo, que la gloria eterna contigo, es mía.

Tercero. El mundo es un escenario, cuyo Director general es Uno solo, Dios nuestro Creador. Enfocamos: “El SEÑOR empobrece y enriquece; humilla y también exalta. Levanta del polvo al pobre, del muladar levanta al necesitado para hacerlos sentar con los príncipes, y heredar un sitio de honor; pues las columnas de la tierra son del SEÑOR, y sobre ellas ha colocado el mundo” (1 Samuel 2:7-8); notemos una verdad. Que a menudo repetimos, que Dios se agrada más en la diversidad que en la igualdad. Tu vida y la mía son un constante cambio y eso no es invento tuyo, ni de las circunstancias, sino de tu Creador, o que si te quejas pecarías contra Él.

Tengo para decirte con la mayor solemnidad posible, que nada hace grandes hombres como pequeños que las impresiones que reciben de cosas fuera de ellos, las diferencias externas que uno tiene con los demás afectan poderosamente nuestras mentes y valores. Cuando por un tiempo la providencia pone a uno en una condición menor que los otros, uno concluye que todo se acabó. Cuando lo cierto no es eso, sino que uno se estaría degradando a sí mismo, renunciando a nuestra real grandeza, valorándose, no como Dios me valora, sino como las circunstancias lo hacen. Oigamos la Voz Divina: “Aun cuando alguien tenga abundancia, su vida no consiste en sus bienes” (Lucas 12:15), esto es, que la gloria o grandeza de un hombre no es por ser rico, o noble, o rey, o famoso, sino que su gloria es esta: “Somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que habremos de ser. Pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a El porque le veremos como Él es” (1 Juan 3:2). Si uno ve según lo terrenal vendría nuestra propia bajeza, pero si nuestra visión es eterna seríamos engrandecidos. Al mismo tiempo si tú menosprecias a los que veas inferiores en la sociedad, estarías confesando ser insensible a tu real dignidad. En los ricos esta debilidad se manifiesta con fuerza: “El rico domina a los pobres... El rico responde con dureza” (Proverbios 22:7). Estamos en un mundo de probación. El salmista lo dice así: “Prefiero estar en el umbral de la casa de mi Dios que morar en las tiendas de impiedad” (Salmos 84:10). Y el apóstol Juan lo expresa: “Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en Cristo” (Apocalipsis 14:13). En la Gracia, tú y Yo

somos capaces de alcanzar eterna felicidad, aun cuando aquí vivamos llenos de llagas como el mendigo Lázaro. Así, pues, guerra abierta al descontento y por ende contra la murmuración.

Cuarto. Los buenos tiempos no se miden por la tranquilidad carnal. Enfoquemos este texto: **“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tenéis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo”** (Juan 6:33), esto es, que en esta vida los Creyentes en Cristo tendrán dos porciones, una de aflicción y otra de gozo. Si pudiéramos hacer nuestra esta visión de fe, de seguro que el descontento y las quejas disminuirían, por no decir que desaparecerían, ya que no lamentaríamos por la aflicción sabiendo que sus heridas son el estado previo al gozo del alma en Dios. Uno de los dichos más famosos y consoladores que el pueblo creyente saca de las amargas experiencias de Job fue, porque el patriarca hizo suya esta visión de fe; oigámoslo: **“Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. El SEÑOR dio y el SEÑOR quitó; bendito sea el nombre del SEÑOR... “Aunque El me mate, en El esperaré”** (Job 1:21; 13:15); y en Pablo igual: **“Como entristecidos, mas siempre gozosos”** (2 Corintios 6:10). Aunque no hubo tranquilidad carnal, aun así, fueron buenos tiempos para ellos, y para nosotros, ya que siendo afligidos por el bistori entrando por nuestra piel, en no pocas ocasiones nos consolamos al ver de antemano el gozo que ha de venir tras ese dolor. En otras palabras, haciendo así la queja es matada antes que asome su venenosa cabeza.

Enfocamos de nuevo: “Como entristecidos, mas siempre gozosos.” En su estado o circunstancias el tiempo fue malo, pero Pablo por fe lo hizo bueno. Si cada uno, por sí mismo, hace bueno el mal tiempo, entonces cualquier adversidad uno pudiera hacerla buena, y no tendríamos motivo para quejarnos o murmurar. Así está escrito: **“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, quien por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz, menospreciando la vergüenza, y se ha sentado a la diestra del trono de Dios”** (Hebreos 12:2). Si has tenido un mal tiempo.

Te pregunto ¿Qué hiciste para hacerlo bueno? ¿Sacaste beneficio en fe de tu adversidad? Entonces no te quejes, porque si se te puso peor fue porque hiciste poco o nada para mejorarlo. Si en el mal tiempo no fuiste bueno, mucho menos serías bueno en el buen tiempo. Si en la aflicción te pusiste a buscar ayuda en las criaturas, sea la ciencia, los médicos, o te esperanzaste en recibir un favor de dinero ajeno; tampoco confiaras en Dios si las cosas te salen bien. Como alguien ha dicho: El enfermo no recupera su salud al mudarlo de cama, sino cuando se le administra el remedio adecuado. La paz del alma solo puede venir del Dios de paz, no de la tranquilidad carnal.

Quinto. Haz tuyo y saca beneficio de este decreto Divino: “Guardaos de toda forma de avaricia; porque aun cuando alguien tenga abundancia, su vida no consiste en sus bienes” (Lucas 12:15). Nuestras necesidades naturales son pocas, hasta que el

virus de la codicia inunda el corazón. En tal caso el apriete de tu zapato será agradable hasta que veas a tu prójimo sin pie. Recuerda lo dicho por el apóstol, unos 40 años después de convertido: “**Sé vivir en prosperidad; en todo y por todo he aprendido el secreto tanto de estar saciado... y de tener abundancia**” (Filipenses 4:12); el contentamiento es una lección muy difícil de aprender, aun cuando el discípulo sea un gran apóstol de Cristo.

Más aun, que veas a Dios escogiendo para ti. Ninguno tiene más amor que el Señor, ni más sabiduría, ni más poder y justicia; así que, si eres Oveja de Cristo, El y no tú, ha de escoger el pasto para saciar y sostener tu alma. Pregunta: ¿Cómo se hace eso? Resignándote a Su providencia. Un caso: “**El rey dijo a Sadoc: Haz volver el arca de Dios a la ciudad, que, si hallo gracia ante los ojos del SEÑOR, me hará volver y me mostrará tanto el arca como su morada. Pero si El dijera así: “No me complazco en ti”, mira, aquí estoy, que haga conmigo lo que bien le parezca. También el rey dijo al sacerdote Sadoc: ¿No eres vidente? Regresa en paz a la ciudad, y vuestros dos hijos con vosotros, tu hijo Ahimaas, y Jonatán, hijo de Abiatar**” (2 Samuel 15:25–27). Es algo difícil sujetar los impulsos de nuestra propia voluntad, sería mucho más fácil resignarnos a los designios de la providencia, y resistir los malos deseos hasta que la voluntad del Señor sea declarada. Es más fácil agregar que eliminar.

Hoy vimos remedios contra el mal de la murmuración. Cinco particulares: Uno, Cuando tu corazón se agite, voltéate tu mente hacia atrás. Dos, El mundo sigue siendo el mismo de antes, tu mundo no es una excepción. Tres, El mundo es un escenario, cuyo Director general es Uno solo, Dios nuestro Creador. Cuatro, Los buenos tiempos no se miden por la tranquilidad carnal. Cinco, Haz tuyo y saca beneficio de este decreto Divino.

LLAMADO

Amigo: En la salvación de tu alma, la parte difícil la hizo Cristo, la fácil es tuya, solo creer. Oye el proceso: “**Arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo**” (Hechos 20:21). Es confesar tus pecados para con el Señor, y confiar en que Cristo paga por la deuda de todas tus culpas, o que al morir en la Cruz y tu aceptarlo, borraría tus transgresiones.

AMÉN